

rrreando en los campos de Cheste, ó asediando las torres de Morella, vertía en bellas octavas LA JERUSALÉN LIBERTADA, y que, gobernando luego una y otra Antilla española, perlas del Nuevo Mundo, ó rigiendo en paz el viejo Condado de Barcelona, halla medio de traducir terceto por terceto, la mayor obra del mayor poeta de la cristiandad, LA DIVINA COMEDIA de DANTE ALIGHIERI!

EL MARQUÉS DE MOLINS.

Madrid, enero 1868

EL INFIERNO

CÁNTIGA PRIMERA

EL INFIERNO

CANTO PRIMERO

El Poeta, perdido una noche entera en una intrincada selva, al salir de ella, subiendo un collado que se le presenta iluminado por los rayos del sol naciente, se encuentra con tres bestias feroces que le impiden el paso. En ese apuro, se le aparece la sombra de Virgilio, que le tranquiliza, ofreciéndole sacarlo de allí, llevándole por entre el Infierno y el Purgatorio hasta el Paraíso, en el cual será acompañado por Beatriz. Virgilio echa á andar y DANTE le sigue.

À mitad del andar de nuestra vida¹
extraviado me vi por selva oscura²,
que la vía directa era perdida.

¡Ay, cuánto referir es cosa dura
de esta selva lo espeso, agreste y fuerte,
de que aun conserva el pecho la pavura!

Tanto es agria, que poco es más la muerte;
mas las otras diré cosas que viera,
antes de lo que en esa halló mi suerte.

Repetir no sabré cómo allí fuera:
¡tal sueño en el instante me oprimía
en que dejé la senda verdadera!

Pero cuando de lo áspero salía
del lugar temeroso, y la esmeralda
de un collado pisé que le seguía,

alcé la vista á lo alto, y vi su espalda
por los rayos bañada del planeta,
guía infalible por altura ó falda.

Un tanto aquí la tempestad se aquieta,
que en el lago del alma el soplo inspira
de una noche al pavor tanto sujeta.

Y como aquel que, en afanosa jira,
salido á tierra desde el golfo esquivo,
se vuelve al agua peligrosa y mira;

el espíritu mío, aun fugitivo,
así á mirar se torna el duro paso
de do mortal ninguno salió vivo.

Luego el reposo dado al cuerpo laso
por la colina á proseguir me alienta
que el pie remonta con vigor no escaso.

Cuando, al trepar, ve aquí se me presenta³
onza veloz con piel de pinta rara,
que en el suelo la garra ni aun asienta.

De mis ojos ni un punto se separa;
antes tanto embaraza mi camino,
que cien veces tenté de volver cara.

Era el nacer del alba matutino,
y el sol iba ascendiendo con aquellas
secuaces dél, cuando el amor divino

moverse hizo á su voz soles y estrellas⁴;
así que á poseer me mueve ahora
de la fiera la piel de manchas bellas

benigna la estación, dulce la hora.
Mas un león aquí se me aparece,
y su vista de nuevo horror me azora.

Ese lanzarse contra mí parece,
tiesa la crin, humeando la garganta,
tal que hasta el aire mismo se estremece.

Y una loba después feroz me espanta,
de hambriento aspecto en su exterior magrura,
y que dió muerte á muchedumbre ¡cuánta!

Esa de modo tal con la pavora
me aprieta, que en sus ojos fosforece,
que perdí la esperanza de la altura.

Y como aquel que un tiempo le enriquece
y otro luego á su ruina le conduce,
que sin descanso llora y se entristece;

efecto tal la bestia en mí produce,
y dando á mi subir creciente embargo,
me va empujando hacia do el sol no luce.

Mientrasirme sentía al fondo amargo,
miro á uno que al pronto mudo advierto,
tal vez por uso de silencio largo.

Cuando al medio llegó del gran desierto:
—Ten piedad (le grité) de este afligido,
ya sombra seas, ó mortal no muerto.—

Y él me responde:—No lo soy, lo he sido.
Los que diéronme el ser fueron lombardos,
y mantuano cual ellos he nacido.

Alcancé á Julio, aunque con pasos tardos⁵,
y moré en Roma bajo el bueno Augusto,
y culto y dioses conocí bastardos.

Poeta fuí, canté del noble y justo
hijo de Anquises que de Troya vino,
después de hundido su poder robusto.

Mas ¿por qué al bajo tú vuelves mezquino
y al collado no trepas tan riente
que es de toda bondad sólo camino?—

—¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente
que anchos ríos de dulce hablar derrama?²—
le respondí con ruborosa frente.

—¡Oh de todos los vates honra y fama!
¡Válgame el largo estudio y amoroso
que hice en tu libro que mi mente inflama!

Mi maestro eres tú, mi autor precioso:
tú aquel de quien tomaron mis Camenas,
el que gloria me ha dado, estilo hermoso.

Mira la fiera que resisto apenas:
defiéndeme, gran sabio, de su ultraje,
que los pulsos temblar me hace y las venas.—

—Otro conviene á ti distinto viaje
(me respondió después que vió mi llanto),
si este quieres vencer lugar salvaje.

Que esa bestia que así te aflige tanto
no sufre por su vía caminantes,
sino que hasta morir les da quebranto.

Y son su genio y ley tan repugnantes,
que es insaciable el hambre que la abrasa,
y, después que ha comido, mayor que antes.

Muchos los brutos son con que se casa,
y aun más serán mientras el lebrél no llega⁶
y por su cuerpo destrozado pasa.

Ese, á quien la ambición de oro no ciega,
ese, al saber y á las virtudes caro,
de entre ambos Fieftros nacerá en la vega;

y de la triste Italia será amparo
por quien Camila y Turno, Urialo y Niso,
su sangre dieron, con renombre claro.

Él de la bestia seguidor preciso
será hasta echarla en el profundo averno
de do la envidia vomitarla quiso.

Mas hora por tu bien pienso y discierno
que ser debo tu guía y quien te lleve
desde este sitio humilde hasta otro eterno,

do el clamor espantoso oirás que mueve
la turba antigua de ánimas llorosas
que nueva muerte á demandar se atreve⁷.

Y verás las que en medio están llorosas
del fuego⁸, porque aguardan que algún día
se unirán con las almas venturosas.

Y si ver éstas tu piedad ansía,
otra más digna habrás sombra ligera
á quien te deje á mi partir por guía.

Que aquel emperador que arriba impera,
que se abra á mí su casa no permite,
porque su ley no supe verdadera.

Con su reino sin fin nada compite,
mas esa es su ciudad, trono y asiento,
¡felices ¡ay! los que allí dentro admite!—

—Poeta (responóle), oye mi acento,
y por Aquel que tú no has conocido,
líbrame de este y de aun mayor tormento;

y á los que tristes tanto has referido
vamos, y en fe de la promesa tuya,
yo de Pedro el cancel mire querido.—
Y en esto echóse á andar, y yo en pos suya.

CANTO II

Después de la invocación, narra el Poeta que, examinando sus fuerzas, tuvo dudas de que fuesen suficientes para el terrible viaje que le propuso Virgilio; pero que al fin, animado por sus exhortaciones, cobró espíritu, y se decidió á emprenderlo. El canto anterior es como una especie de exordio, y en este es donde verdaderamente empieza el poema.

Se iba la luz con el traspuesto Apolo
y la sombra á los brutos de la tierra
obligaba al reposo: yo tan solo

me disponía á sostener la guerra,
ya de la compasión, ya del camino
que se trazó mi mente que no yerra.

¡Valme, ingenio: favor, numen divino!
Mente que lo que vide yo escribías,
hora veremos si tu temple es fino.

Y comencé:—Poeta que me guías,
antes ve si mi aliento es poderoso
á coronar la empresa que me fias.

Tú has dicho que de Silvio el valeroso
padre¹ bajó á los reinos inmortales
de sentidos despierto y animoso.

Mas si el contrario eterno de los males
benigno fué, pensando á cuál efecto
le trajo al mundo. y á destinos cuáles;

no se esconde á varón de alto intelecto,
que fué de Roma y su imperial comarca
en la mente de Dios por padre electo.

De aquélla y de éste la verdad nos marca²
que destinados fueron como santo
trono de Pedro al sucesor monarca,

y él, por el viaje en que le ensalzas tanto³,
supo cómo legar al lacio suelo
con su triunfo el honor del papal manto.

También, si arrebatado subió al cielo
el vaso de elección⁴, fué porque diera
de alta salud á nuestra fe el consuelo.

Mas yo ¿por qué? ¿Quién digno me creyera,
pues ni Pablo ni Eneas he nacido,
de merced que aun á mí me sorprendiera?

Que si al gran viaje lánzome atrevido,
temo á la vuelta la irrisión por necio:
sabio eres tú, y al torpe has entendido.—

Como el mortal que lo que tuvo en precio
ya no quiere, y anhela nueva cosa,
la primera apartando con desprecio,

tal me ocurrió en la selva pavorosa;
que paréme á pensar la empresa osada
que desde el punto aquel vi tan costosa.

—Si no entiendo yo mal tu voz turbada
(respondió de Marón la sombra augusta),
sientes de vil temor el alma helada:

temor por el que empresa noble y justa
deja el hombre espantado muchas veces,
cual bestia que de falso ver se asusta.

Y porque dél á sacudirte empieces,
te diré lo que supe, y los dolores
por qué vine á calmar que hora padeces.

Era entre los suspensos pecadores⁵,
y mujer me llamó tan pura y bella,
que acudí al resplandor de sus albores.

Más brillaban sus ojos que una estrella,
cuando empezó á decirme suave y llana
con voz de ángel la cándida doncella:

—Ánima, piadosísima mantuana,
cuya fama en el mundo verde aun dura,
y mientras él se mueva, irá lejana;

mi amigo, que no lo es de la ventura,
en el desierto está tan combatido,
que atrás se vuelve el triste de pavura;

y temo se ha de ver tanto perdido,
que ya tarde á ti sea mi llegada,
según dél en el cielo hemos sabido.

Marcha, pues, y con habla razonada,
y con lo que haya menester le escuda,
y quedaréme al menos consolada.

Yo soy Beatriz⁶, que te demando ayuda:
de sitio vengo á do volverme ansío:
mándame Amor que á protegerle acuda;

y cuando en faz esté del Señor mío,
será encomiarte mi atención primera.—
Dijo; y yo por respuesta al labio fío:

— ¡Oh norma de virtud, por quien supera
sólo la humana especie á lo más grato
que ilustra el cielo de más corta esfera!⁷

Es para mí tan dulce tu mandato,
que hasta las ansias me parecen tardas
de tu deseo que entendí y acato.

Mas ¿por qué causa, dime, no te guardas
de venir á este sitio en que me encuentro,
desde el celeste á que volverte aguardas?—

—Pues que saber pretendes tan adentro,
te diré (respondióme) brevemente
por qué venir no temo al hondo centro.

Temer debe las cosas el prudente
que hacen el mal ajeno ó la desgracia,
no lo que inofensivo es á la gente.

Yo de Dios tal me he vuelto por la gracia,
que ya vuestra miseria á mí no llega,
ni vuestro fuego en mí tiene eficacia.

En el cielo hay mujer que dulce ruega⁸,
que se duele del trance á que te mando,
y ante quien duro juicio se doblega.

Esta luego á Lucía fué buscando,
y la dijo: Tu fiel hoy de su amiga
necesita, y también yo te demando.

Lucía, de impiedades enemiga⁹,
partió ligera, y me encontró en mi estancia
sentada al lado de Raquel antiga.

Beatriz (dijo), de Dios pura alabanza¹⁰,
no dejes al que te ama de manera
que del vulgo común por ti se lanza.

¿No escuchas tú su angustia lastimera?
¿La muerte no ves tú con que combate
en la riada que al mismo mar supera?

Cual hombre el que más pronto y vivo trate
de hacer su suerte, ó de impedir su daño,
tal, su acento en mi oído apenas bate,

cuando á ti vengo desde mi alto escaño,
confiada en tu lenguaje rico, honesto,
honor tuyo, crisol del gusto extraño.—

Después que refirióme Beatriz esto
con vista que entre llanto relucía
me miró, por moverme á andar más presto.

Y vine á ti veloz, como quería,
y te arranqué á la loba que á la alteza
subir por lo más breve te impedía.

Mas hora ¿qué te para? ¿Cuál pereza
ó miedo vil tu espíritu acobarda?
¿Por qué no alientas franca fortaleza,

pues tres santas mujeres son tu guarda,
y allá en la corte ampárate del cielo,
y te anuncio yo acá lo que te aguarda?—

Cual florecillas que al nocturno hielo
abatidas se cierran, si las dora
el sol, levantan la cerviz del suelo,

tal sentí, tras fatiga abrumadora,
luego tan vivo ardor ir por mis venas,
que resuelto exclamé con voz sonora:

—¡Piadosa aquella que acudió á mis penas,
benigno tú que obedeciste presto
á sus palabras de verdades llenas!

Tú con las tuyas en mi pecho has puesto
del viaje singular codicia tanta,
que me torno ya firme al fin propuesto.

Ve, que á tu anhelo el mío se adelanta:
sé mi maestro, mi señor, mi guía.—
Dije, y no bien Marón movió la planta,
ya le seguí por la silvestre vía.

CANTO III

Llega el Poeta á la puerta del Infierno, y lee sobre ella una inscripción espantosa. Entra precedido del buen maestro, y ve en el vestibulo el castigo de los indiferentes, que pasaron la vida sin hacer nada en el mundo. Llega á la ribera de Aqueronte, donde el infernal barquero trasiega las almas de los condenados, y allí, deslumbrado por un relámpago de fortísima luz, cae sumergido en un sopor profundo.

*—Por mí se va á la ciudad doliente,
por mí al abismo del tormento fiero,
por mí á vivir con la perdida gente.*

*La justicia á mi autor movió severo:
me hicieron el poder que á todo alcanza,
el saber sumo y el amor primero¹.*

*Antes de yo existir no hubo creanza:
la eterna sólo, y eternal yo duro:
¡oh los que entráis! dejad toda esperanza.—*

Estas palabras vi con rasgo obscuro
en lo más alto escritas de una puerta:
—Maestro, dije, su sentido es duro.—

Y él replicóme cual persona experta:
—Aquí es bien que el temor dejes á un lado,
y que toda flaqueza yazca muerta.